EDITORES
ALFONSO ROPERO · ALFONSO TRIVIÑO · SILVIA MARTÍNEZ

Editorial CLIE
www.clie.es

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
http://www.clie.es

© 2020 por Editorial CLIE.
Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

Editores:
Alfonso Ropero
Alfonso Triviño
Silvia Martínez

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO BÍBLICO ILUSTRADO CLIE
Depósito Legal: B 19764-2020
ISBN: 978-84-18204-06-7
OBRAS DE REFERENCIA
Diccionarios y Enciclopedias
Referencia: 225160

Impreso en Malasia / *Printed in Malaysia*

Índice *general*

Introducción V
Temáticas VII
Cómo utilizar este diccionario VIII
Abreviaturas X
Artículos A-Z 1
Índice general de artículos 1551
Índice de gráficos 1591
Créditos y reconocimientos 1597

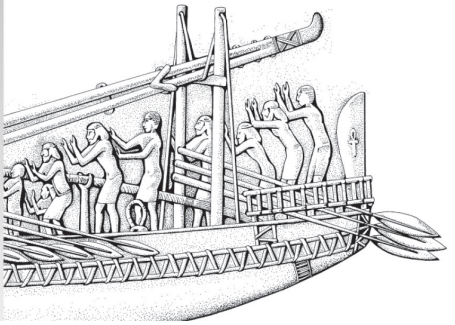
Introducción

Diccionario enciclopédico bíblico ilustrado
Clie

Con esta nueva obra de consulta, el Diccionario enciclopédico bíblico ilustrado, pretendemos poner en manos del público en general el resultado de la erudición bíblica actual y del conocimiento acumulado a lo largo de este siglo sobre la Biblia y su mundo, de manera que toda persona interesada en conocer cualquier aspecto del contenido de las Escrituras sea histórico, geográfico, doctrinal, zoológico o biográfico, así como aspectos importantes a nivel hermenéutico, de doctrina, teología y exégesis posean la información más fiable y más completa existente sobre la Biblia dentro de los límites de un artículo.

Las ilustraciones, mapas, grabados y fotografías contribuyen eficazmente a situar al lector de un modo gráfico en los lugares bíblicos, así como a tener una idea visual de muchos otros aspectos que conforman el mundo iconográfico de la Escritura y su entorno histórico. Encontrará también tablas explicativas, cronologías, comparativas, infografías y resúmenes que permiten visualizar un concepto de un modo rápido y comprensivo.

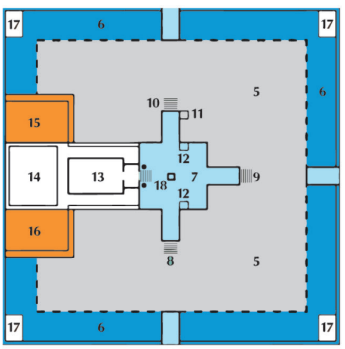
Alfonso Ropero
Alfonso Triviño
Silvia Martínez
Editores

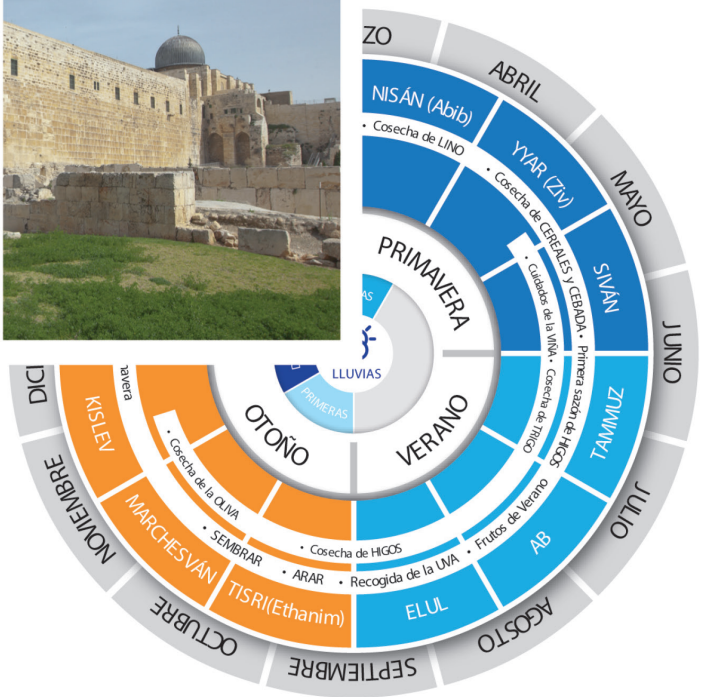


MAPAS · IMÁGENES · **ESQUEMAS** · PLANOS ARQUITECTÓNICOS · **ILUSTRACIONES**

MILAGRO Comparativa	Alimentación de los 5.000		Alimentación de los 4.00	
	Pasaje	Detalle	Pasaje	
1	Jn. 6:14, 15	La gente eran judíos		Pro gent D
2	Jn. 6:35	La multitud había estado con Jesús un día entero	Mr. 8:2	Es habí
3	Mt. 14:17	Jesús empleó 5 panes y 2 peces	Mr. 8:5, 7	Jes 7 pa poco
4	Mt. 14:21	Fueron alimentados 5.000 hombres además de mujeres y niños	Mr. 15:38	alime homl de
5	Mt. 14:20	El sobrante llenó 12 canastas de mano	Mr. 8:8	El llen de

TABLAS · **CRONOLOGÍAS** · PINTURAS · **GRABADOS**





© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE

Temáticas

Este diccionario contiene artículos referentes a:

- **Todos los libros** de la Biblia, canónicos, deuterocanónicos y algunos apócrifos.
- Todos los **topónimos** y **poblaciones**, con especial atención a las grandes ciudades y escenarios más representativos de la historia sagrada, con los resultados arqueológicos más recientes.
- Todos los **personajes** del AT y del NT, además de los de la época intertestamentaria, que inciden en la historia bíblica y que es potenciada con información completa y extensa sobre las figuras femeninas.
- La **flora** y la **fauna** bíblicas, tanto salvaje como doméstica.
- Los **objetos** de la vida cotidiana, la vivienda y sus diversos componentes, los **oficios** del pueblo: agricultura, pastoreo, minería.
- La **vida privada**, las relaciones de parentesco, la educación de los hijos, los adornos masculinos y femeninos, el cuidado personal.
- La **geografía** bíblica y sus accidentes: caminos, montañas, torrentes, ríos, lagos, valles.
- La **historia** de las ciudades, de los reinos y de los imperios de la época bíblica: dinastías, gobernantes, reyes, emperadores.
- Las **instituciones políticas** y las **estructuras sociales**, desde el nomadismo a la monarquía.
- Las **lenguas** bíblicas, la papirología y los manuscritos de Qumrán y Nag Hammadi.
- La **religión de los pueblos vecinos**, sus divinidades, formas de culto y lugares de adoración.
- Los grandes conceptos de la **teología**, la **ética**, la **simbología** y la **exégesis** bíblica.
- Los **métodos exegéticos judíos y cristianos**, los libros tradicionales del judaísmo y corrientes que están detrás del cristianismo: helenismo, apocalipticismo, gnosticismo.
- Las **traducciones** y **versiones antiguas de la Biblia**, desde la Septuaginta, en griego, a las versiones modernas en castellano.

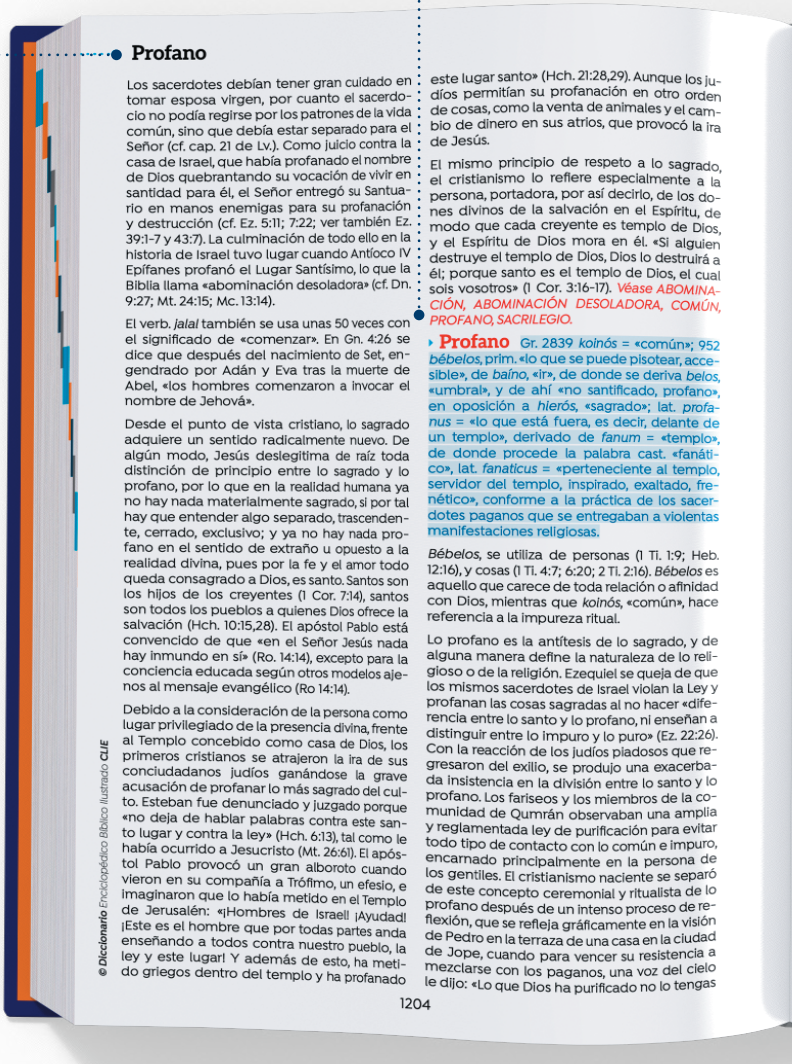
Cómo

utilizar este diccionario

Hemos esquematizado los artículos del diccionario en secciones haciéndolo así, útil y práctico en su forma de enlazar la información.

Al final de cada artículo la **indicación "Véase",** también a color para distinguirla del texto, remite a otros artículos relacionados dentro del mismo diccionario, de modo que el lector pueda interactuar con el mismo y, ampliar su campo de búsqueda. Esto le permite complementar su estudio de la Biblia, yendo de una palabra a otra que guarde relación.

Encabezado con Indicadores de la ***primera*** *(a la izquierda)* ***y última palabra*** *(arriba a la derecha)* que podemos consultar en cada pliego abierto.



Profano

Los sacerdotes debían tener gran cuidado en tomar esposa virgen, por cuanto el sacerdocio no podía regirse por los patrones de la vida común, sino que debía estar separado para el Señor (cf. cap. 21 de Lv.). Como juicio contra la casa de Israel, que había profanado el nombre de Dios quebrantando su vocación de vivir en santidad para él, el Señor entregó su Santuario en manos enemigas para su profanación y destrucción (cf. Ez. 5:11; 7:22; ver también Ez. 39:1-7 y 43:7). La culminación de todo ello en la historia de Israel tuvo lugar cuando Antíoco IV Epífanes profanó el Lugar Santísimo, lo que la Biblia llama «abominación desoladora» (cf. Dn. 9:27; Mt. 24:15; Mc. 13:14).

El verb. *jalal* también se usa unas 50 veces con el significado de «comenzar». En Gn. 4:26 se dice que después del nacimiento de Set, engendrado por Adán y Eva tras la muerte de Abel, «los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová».

Desde el punto de vista cristiano, lo sagrado adquiere un sentido radicalmente nuevo. De algún modo, Jesús deslegitima de raíz toda distinción de principio entre lo sagrado y lo profano, por lo que en la realidad humana ya no hay nada materialmente sagrado, si por tal hay que entender algo separado, trascendente, cerrado, exclusivo; y ya no hay nada profano en el sentido de extraño u opuesto a la realidad divina, pues por la fe y el amor todo queda consagrado a Dios, es santo. Santos son los hijos de los creyentes (1 Cor. 7:14), santos son todos los pueblos a quienes Dios ofrece la salvación (Hch. 10:15,28). El apóstol Pablo está convencido de que «en el Señor Jesús nada hay inmundo en sí» (Ro. 14:14), excepto para la conciencia educada según otros modelos ajenos al mensaje evangélico (Ro 14:14).

Debido a la consideración de la persona como lugar privilegiado de la presencia divina, frente al Templo concebido como casa de Dios, los primeros cristianos se atrajeron la ira de sus conciudadanos judíos ganándose la grave acusación de profanar lo más sagrado del culto. Esteban fue denunciado y juzgado porque «no deja de hablar palabras contra este santo lugar y contra la ley» (Hch. 6:13), tal como le había ocurrido a Jesucristo (Mt. 26:61). El apóstol Pablo provocó un gran alboroto cuando vieron en su compañía a Trófimo, un efesio, e imaginaron que lo había metido en el Templo de Jerusalén: «¡Hombres de Israel! ¡Ayuda! ¡Este es el hombre que por todas partes anda enseñando a todos contra nuestro pueblo, la ley y este lugar! Y además de esto, ha metido griegos dentro del templo y ha profanado este lugar santo» (Hch. 21:28,29). Aunque los judíos permitían su profanación en otro orden de cosas, como la venta de animales y el cambio de dinero en sus atrios, que provocó la ira de Jesús.

El mismo principio de respeto a lo sagrado, el cristianismo lo refiere especialmente a la persona, portadora, por así decirlo, de los dones divinos de la salvación en el Espíritu, de modo que cada creyente es templo de Dios, y el Espíritu de Dios mora en él. «Si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque santo es el templo de Dios, el cual sois vosotros» (1 Cor. 3:16-17). *Véase ABOMINACIÓN, ABOMINACIÓN DESOLADORA, COMÚN, PROFANO, SACRILEGIO.*

Profano Gr. 2839 *koinós* = «común»; 952 *bébelos*, prim. «lo que se puede pisotear, accesible», de *baíno*, «ir», de donde se deriva *belos*, «umbral», y de ahí «no santificado, profano», en oposición a *hierós*, «sagrado»; lat. *profanus* = «lo que está fuera, es decir, delante de un templo», derivado de *fanum* = «templo», de donde procede la palabra cast. «fanático», lat. *fanaticus* = «perteneciente al templo, servidor del templo, inspirado, exaltado, frenético», conforme a la práctica de los sacerdotes paganos que se entregaban a violentas manifestaciones religiosas.

Bébelos, se utiliza de personas (1 Ti. 1:9; Heb. 12:16), y cosas (1 Ti. 4:7; 6:20; 2 Ti. 2:16). *Bébelos* es aquello que carece de toda relación o afinidad con Dios, mientras que *koinós*, «común», hace referencia a la impureza ritual.

Lo profano es la antítesis de lo sagrado, y de alguna manera define la naturaleza de lo religioso o de la religión. Ezequiel se queja de que los mismos sacerdotes de Israel violan la Ley y profanan las cosas sagradas al no hacer «diferencia entre lo santo y lo profano, ni enseñan a distinguir entre lo impuro y lo puro» (Ez. 22:26). Con la reacción de los judíos piadosos que regresaron del exilio, se produjo una exacerbada insistencia en la división entre lo santo y lo profano. Los fariseos y los miembros de la comunidad de Qumrán observaban una amplia y reglamentada ley de purificación para evitar todo tipo de contacto con lo común e impuro, encarnado principalmente en la persona de los gentiles. El cristianismo naciente se separó de este concepto ceremonial y ritualista de lo profano después de un intenso proceso de reflexión, que se refleja gráficamente en la visión de Pedro en la terraza de una casa en la ciudad de Jope, cuando para vencer su resistencia a mezclarse con los paganos, una voz del cielo le dijo: «Lo que Dios ha purificado no lo tengas

© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE

1204

Todos estos, y otros puntos, enriquecen este Diccionario enciclopédico bíblico ilustrado que, sin duda, será de mucha utilidad a un público lector interesado en el conocimiento de las Sagradas Escrituras. La claridad y densidad, asequible a todos, pone esta obra al alcance de los no especialistas y también de todos aquellos que profesionalmente se dedican al estudio bíblico. En definitiva, el lector aprovechará esta obra para informarse de un modo general, pero también para formarse a un nivel más detallado y profundo, reforzándose con las ayudas visuales que nos permiten entender e imaginar mejor los conceptos.

© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE

Cada entrada es distinguida con la siguiente **estructura:**

1º La palabra a la que se refiere el artículo está destacada a color para una fácil visualización.

2º A continuación, la **numeración** correspondiente al **código** de la *Concordancia* de James **Strong**, que es tan usada a nivel de estudio y referencia, mantiene la misma línea y color.

3º Su parte filológica que nos da a conocer su *raíz etimológica,* si proviene del arameo, hebreo, griego o latín, es resaltada en distinto color para que se visualice fácilmente y se diferencie del contenido específico.

tú por común» (Hch. 11:9). En adelante, solo lo moralmente malo es profano para el cristiano. *Véase COMÚN, IMPUREZA, IMPURO; SANTO.*

Profecía Heb. 4853 *massá* = «profecía, sentencia»; 5016 *nebuah* = «predicción [oral o escrita]» (Neh. 6:12; Esd. 6:14; 2 Cro. 9:29; 15:8), del verbo 5012 *nabá* = «profetizar»; gr. 4394 *propheteía,* derivado del verbo *próphemi,* de *pro,* «delante, en lugar de, en vez de», y *phemí,* «hablar», de lo cual se desprenden dos acepciones: «hablar en lugar de otro« y «hablar de antemano». Palabra que puede designar tanto la misión misma del profeta, el ejercicio de esta misión, como el resultado de la actividad profética, que es el oráculo o mensaje profético. En el NT se utiliza del don de profecía (p. ej. Ro. 12:6; 1 Co. 12:10; 13:2); del ejercicio del don, y de aquello que es profetizado (p. ej. Mt. 13:14; 1 Co. 13:8; 14:6, 22 y 1 Ts. 5:20; 1 Ti. 1:18; 4:14; 2 P. 1:20, 21; Ap. 1:3; 11:6; 19:10; 22:7). La profecía es una palabra procedente de Dios e incluye la predicción de acontecimientos inmediatos y futuros (Is. 5:11-13; 38:5, 6; 39:6, 7; Jer. 20:5, 6; 25:11; 28:16; Am. 1:5; 7:9, 17; Miq. 4:10). La predicción constituye un aspecto importante del ministerio del profeta, y contribuye a acreditarlo como hombre de Dios, pero el profeta se ocupa aún más intensamente del presente y del pasado, para procurar convertir al pueblo a Dios (cf. Gn. 20:7; Dt. 18:18; Is. 41:26; 42:9; 46:9; Ap. 10:11; 11:3).

En cuanto el conocimiento de Dios trasciende el tiempo y el espacio, puede hablar a la vez del pasado, del presente y del porvenir. Sólo el Dios eterno y omnisciente es el que anuncia «lo por venir desde el principio» (Is. 46:10). Dios se complace en revelar su secreto a sus siervos los profetas (Am. 3:7). De los treinta y nueve libros del AT, diecisiete de ellos son «predictivos», y en el NT hay varios pasajes de los Evangelios, muchos de las Epístolas, y el libro del Apocalipsis, que presentan este carácter.

La profecía es falsa cuando sus predicciones no se cumplen (Dt. 18:21, 22) y cuando su contenido doctrinal se desvía de la Ley divina (Is. 8:20). La enseñanza del verdadero profeta tiene que ser acorde con la de la Ley, tanto en lo que respecta a Dios como al culto y a las demandas de la moral. No se trata de que deba dar meras imitaciones del texto sagra-

Daniel.

1205

4º Le sigue, la **transliteralización** de los términos hebreos y griegos del original, así como su **significado** etimológico, respaldando la misma norma.

5º El **contenido** de la palabra, en color negro para diferenciarlo del resto de partes específicas y suplementarias.

6º Sombreado destacando las aprox. **50 palabras más buscadas** por los usuarios.

7º En algunas palabras o artículos encontrará la **parte gráfica** y visual que permite comprender, entender, imaginar y ver con otros ojos y sentidos el contenido teórico de esa palabra.

Pestañas de color con **indicador de sección** A-Z para búsqueda rápida.

zones de naturaleza lingüística impiden la asimilación de estos personajes en uno solo.

Alga Heb. 5488 *suph*, probablemente «caña, carrizo», especie de papiro. Vegetal que contiene clorofila y vive en aguas dulces o saladas. No tiene flores ni verdaderas raíces, ni tampoco hojas ni troncos.

Se menciona en el libro del profeta Jonás cuando es arrojado al fondo del mar: «Las aguas me rodearon hasta el cuello, me rodeó el abismo, y un alga se ha anudado a mi cabeza» (Jon. 2:6). Este mismo vocablo designa en el Éxodo al Mar Rojo (Ex. 10:19). Aun cuando, curiosamente, ninguna de las versiones antiguas de la Escritura traduce este nombre como «Mar de las Algas», lo cierto es que su coloración característica se debe a la abundancia de algas que crecen en él.

Algarrobo Árbol originario de Oriente, de la familia de las leguminosas. Crece lentamente pero siempre está verde y puede vegetar en terrenos pobres y áridos, pedregosos, calcáreos o volcánicos. Es bastante común en el sur de Europa, en Siria y en Egipto. Teofrasto y Plinio lo mencionan como nativo de Siria, donde es abundante.

El fruto de este árbol, la algarroba (gr. 2769 *keration*, keravtion = «vaina»), constituye un alimento de gran valor para caballos, asnos, mulas y cerdos, y a veces lo consume también el hombre; en tiempos bíblicos era alimento propio de gente muy necesitada. La vaina contiene una sustancia dulce parecida al tuétano que sirve para preparar dulces y bebidas. Recibe también el nombre de «pan de San Juan», debido a la tradición de que Juan el Bautista consumió este alimento en el desierto.

En el Evangelio de Lucas se lo menciona como alimento de los cerdos; el hijo pródigo sufría tanta hambre que deseaba poder alimentarse de ello (Lc. 15:16). *Véase HOLLEJO.*

Alguacil Gr. 5257 *hyperetes* = «ayudante, oficial, policía»; gr. 4465 *rhabdûkhos*, lit. «portador de vara», de 4464 *rhabdos*, «garrote, vara o palo». *Véase AZOTE.*

La versión Reina-Valera antigua traduce por «alguacil» la voz *lictor*, que se aplicaba a los oficiales romanos portadores de las varas con las que infligían el castigo de azotes (Hch. 16:35, 38).

Alheña Heb. 3724 *kopher*. Arbusto cuyas flores, muy aromáticas, crecen agrupadas (cf. Cnt. 1:14; 4:13). De ellas se extraía el *oleum Cyprineum.*

Alianza Heb. 1285 *berith* = «corte, división», en alusión a una costumbre sacrificial relacionada con la celebración de un pacto.

Contrato o acuerdo entre dos partes, cada una de las cuales se compromete a cumplir ciertos requisitos con la otra. En la Biblia se usa en sentido analógico para describir la relación de Dios con el hombre.

Berith, se traduce como «alianza» en Jos 9:6,7,11,15,16; Jue 2:2; 2 S 3:12,13,21; 5:3; 1 R 5:12; 15:19; 2 Cr 16:3; Job 5:23; «liga» en Ez 30:5; «aliados» en Ab 7; «confederados» en Gn 14:13. La raíz de este término es hrb = «cortar», que hace referencia a la costumbre de cortar o dividir los animales en dos partes, pasando después entre ellas los contratantes para ratificar un acuerdo (cf. Gn 15; Jr 34:18,19), de donde procede la expresión «cortar un pacto o alianza» (*karath berith*, Gn 15:18). Otros eruditos dicen que una raíz significa "comer", porque entre los orientales sentarse a comer equivalía tanto como a concertar un pacto de amistad (cf. Gn 31:46), lo que explicaría la expresión «pacto de sal» (*berith melaj,* Nm 18:19; 2 Cr 13:5).

Unido a la idea de alianza está también la forma *rib,* o "juicio de alianza". El profeta, portavoz de Jehová, convoca al pueblo a juicio por haber quebrantado la alianza (Dt 32; Is 1:2-20; Os 4:1-19).

Sería impropio reducir el estudio semántico de alianza al repertorio de palabras que comúnmente dan los léxicos y diccionarios. Una lectura paciente y comprehensiva de la Biblia muestra que el concepto de alianza se encuentra presente en expresiones y giros que no contienen los términos más conocidos:

a) En varias partes del AT se encuentra la expresión, "Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo" (Ex 6:7; Lv 26:12; Dt 27:9; Jr 36:28; cf. Os 1:9).

b) En relación con lo anterior están las múltiples veces que aparece el pueblo como posesión o herencia de Jehová (Ex 5:1; 7:16; 8:1; Dt 4:20; 9:26; 29:13; 32:9; 1 Sam 9:16; 2 Sam 7:23; 1 R 8:51; Sal 3:8; 77:15; Is 1:3; 40:1; Jr 18:15; Miq 3:5; cf. Lc 1:68; 7.16; Heb 10:30).

El término gr. *diatheke*, se traduce con frecuencia como "testamento", debido quizá a la influencia de la Vulgata, que invariablemente lo vierte *testamentum.* La traducción de *berith* por *diatheke* que hace la LXX —que en hebreo nunca tiene el sentido de "testamento", sino de "contrato" o "alianza"—, fue retomada por los autores del NT, que le atribuyeron el sig-

nificado original veterotestamentario (2 Cor 3:14; Hb 7, 9; A. 11:19).

El estudio del tema de la alianza en el AT demuestra que no existe una manera única para la realización de pactos y alianzas. Hacer alianzas, pactos y tratados, era algo cotidiano entre los hebreos, más allá de la esfera religiosa.

Junto con el aspecto teológico religioso de la palabra *berith* y su campo semántico, están las diferentes áreas de la vida civil y política, como el compromiso matrimonial (Mal 2:14; Ez 16:8), las relaciones familiares (Gn 31:44 54) y de amistad y compromiso de unión de por vida (1 S 18:1-4; 20:4-17); las buenas relaciones y obligaciones sociales mutuas (Gn 26:23-33), las declaraciones de apoyo militar (1 R 15:16 20); compromiso de liberación de esclavos (Jr 34:8-22); tratado de vasallaje (Ez 17:11 21).

El concepto de alianza forma parte de la vivencia social humana y Dios lo adopta en la revelación por vía de *analogía* ("Dios no es hombre", Nm 23.19) para expresar el tipo de relación que busca con su pueblo. En el antiguo Oriente se formalizaban corrientemente pactos o alianzas de vasallaje en los que un señor poderoso prometía proteger al débil a cambio de un compromiso de servicio (Jos 9:11-15; 1 S. 11:1; 2 S 3,12ss). Las alianzas jamás se imponían, se limitaban a consignar los deseos de las partes contratantes, que así se obligaban a una fidelidad mutua y a una relación de amistad. Se comprometían con juramento y procedían a un rito que implicaba maldición para el transgresor. El paso de los contratantes por entre las dos mitades de animales sacrificados al efecto representaba de manera muy cruda la suerte de quien infringiera el pacto. Las relaciones generadas por la alianza no eran meramente jurídicas, sino que exigían esencialmente una actitud amistosa, solidaria y leal. La infidelidad a la alianza se consideraba un crimen tan grave que exoneraba a la otra parte de sus obligaciones. Eran especialmente importantes las alianzas entre personas de condiciones desiguales: vencedores—vencidos; reyes—vasallos. La igualdad entre los contratantes no era, por lo tanto, el elemento esencial de la alianza, con lo que su iniciativa y la determinación de sus cláusulas partían siempre de la parte más elevada, que manifestaba una actitud solidaria con la más débil. Esta, a su vez, se comprometía a cumplir con su parte, de tal manera que se veía elevada a la comunión con la más fuerte. "La alianza tiene aquí un acusado carácter de gracia, aun cuando contenga muchos deberes para el más débil" (J. Haspecker).

El juramento con el que se invocaba al mismo Dios como testigo y garantía de lo que se realizaba, confería a la alianza un cierto carácter sacro que introducía a los contratantes en una condición nueva y los impulsaba a compromisos mutuos, no solo vinculantes en el plano social, sino también en el religioso.

En el AT el tema de la alianza es el punto de partida de todo el pensamiento religioso, social y moral del pueblo de Israel, lo que lo distingue esencialmente de las concepciones naturalistas y míticas del paganismo circundante, aun cuando en ocasiones utilizara imágenes naturales, como el matrimonio y las relaciones parento-filiales, para designar su relación con Dios. El AT conoce toda una serie de alianzas divinas, en cuya presentación se echa de ver la constante preocupación teológica de Israel por este concepto fundamental de su fe. En el Sinaí Dios entra en alianza con las tribus liberadas de la esclavitud de Egipto elevándolas a la categoría de pueblo de su propiedad. Dios escoge soberanamente a los suyos y decide otorgar un pacto a Israel, a la vez que dicta unas condiciones y le hace unas promesas (Ex 19). La iniciativa de la alianza parte exclusivamente de Dios. Se basa en la elección gratuita de Israel de entre todos los pueblos, exclusivamente por amor y gracia. Moisés actúa como mediador designado por Dios (cf. Dt 7:7s). El Arca de la Alianza, en la que se depositan las tablas del testimonio, será el recuerdo o memorial del compromiso de Dios con Israel. Las promesas hechas a Abraham se extienden a todo Israel. Lo antes exigido al patriarca ahora se reclama a todas las tribus de Israel. La circuncisión sigue siendo el signo externo para cuantos son integrados en la alianza.

Los profetas aluden indirectamente a la alianza para señalar la singularidad de los vínculos que unen a Dios con su pueblo; con la imagen de una nueva alianza alimentan la esperanza y la ilusión de un futuro de bienes, paz y plena comunión entre Jehová e Israel. El AT resalta continuamente tanto la *gratuidad* de la alianza, que tiene como fundamento exclusivo la benevolencia divina, como sus efectos salvíficos (redención, perdón, solicitud, providencia, misericordia), sin olvidar la necesidad de la libre adhesión del ser humano. Dios se asocia con hombres y mujeres para salvarlos y bendecirlos al tomar la *iniciativa* y presentar su pacto bajo la forma de un don. La fidelidad del individuo no es sino la expresión de esa aceptación gozosa, no una adquisición, ni mucho menos la reivindicación de ningún mérito; el ser humano solo se compromete a obser-

© **Diccionario** *Enciclopédico Bíblico Ilustrado* **CLIE**

varlo. Esta verdad recorre ambos testamentos o alianzas.

Las alianzas de Dios con Noé, Abraham y David tienen paralelos con las alianzas *promisorias* conocidas en el antiguo Cercano Oriente. Una parte se compromete a garantizar la realización de lo prometido (Jr 34:8).

Existen también otras conocidas como alianzas o tratados de *paridad*: dos partes se obligan a cumplir idénticas estipulaciones (Gn 25:25-32).

Aunque la Biblia habla de varias alianzas: a) de Dios con Noé, su familia y los animales que

se salvaron con ellos (Gn 9:9-16); b) con Abraham y sus descendientes (Gn 15:18; 17:2ss.); c) con Moisés y el pueblo hebreo en el monte Sinaí (Ex 19:5; Dt 4:13); d) con David y su dinastía (2 S 23:1-5), y la nueva alianza de Dios con su pueblo elegido (Jr

31:31-34), realmente debe de hablarse de una sola alianza, con diferentes matices y énfasis.

1. Alianza con Noé (Gn 6:18 y 9:8-17). En ella Dios se auto-impone la obligación de no destruir a seres humanos y animales por medio de un diluvio (Gn 9:11). Como recordatorio, Dios da a Noé y a su descendencia una señal: el arco iris (Gn 9:12-17). Ninguna obligación se le impone al ser humano; solo se le ofrece una promesa. La presencia de la vida en este planeta y su permanencia dependen exclusivamente de Dios, muy a pesar del ser humano.

2. Alianza con Abraham (Gn 15 y 17). En el segundo pasaje la palabra *berith* aparece trece veces. Esta alianza tiene por señal la circuncisión (Gn 17:10-14) e incluye una triple promesa: a) Una descendencia numerosa (Gn 15:5; 17:4-7); b) la tierra de Canaán (Gn 15:18; 17:18); c) Jehová como Dios de Abraham y de su descendencia (Gn. 17:7-8).

Al igual que en la alianza con Noé, en esta la obligación recae únicamente sobre Dios. En Gn 15 Jehová muestra la irrenunciabilidad de su obligación en la acción simbólica de pasar entre los cuerpos divididos de los animales sacrificados, e incluso jura por sí mismo (véase Jr 34:18-19; Hb 6:13-18). Gn 22 se convierte en la muestra más inmediata de la obligación unilateral de Jehová. En este pasaje Dios se muestra como el Señor cuyas demandas son absolutas, cuya voluntad es inescrutable y cuya palabra final es *gracia*.

3. Alianza con David (2 S 7:1-17; 2 S 23:1-5; Sal 2 y Sal 89). En ella Dios se compromete a mantener en el trono de su pueblo a un descendiente de David, una dinastía perdurable (2 S 23:5; Jr 33:20-21; Sal 89). Al igual que las otras dos alianzas, solo Jehová adquiere una obligación. Es importante notar al respecto las palabras que acompañan la alianza con David: gracia, favor, lealtad. Hay también en las tres alianzas un denominador común que caracteriza a los primeros receptores de la alianza: su devoción ante Dios (Gn 6:9; Gn 17:1; 2 S 6:12-22).

4. Alianza en el Sinaí. El testimonio bíblico da más espacio y centralidad a la alianza mosaica o sinaítica. Históricamente hablando, esa es la primera alianza que conoce el pueblo hebreo. Las otras alianzas, que parecen anteriores —la de Noé y Abraham— solo se unen a la tradición teológico-literaria del pueblo en épocas tardías.

La alianza en el Sinaí, la que tuvo lugar en el nacimiento de la nación israelita, debe definirse así: La obligación o compromiso mutuos entre Jehová e Israel. Jehová será el Dios de Israel e Israel será el pueblo de Jehová. En esta relación de obligación mutua Jehová se compromete a proveer para Israel, su pueblo elegido, todo lo necesario. Israel se compromete a ser totalmente obediente a Jehová y sus demandas de lealtad absoluta y justicia social. Esta alianza se efectúa después de la liberación de los hebreos de la opresión egipcia y es concomitante con el éxodo. Ex 19:3-24.14 narra el momento de la ejecución de la alianza.

En el acto de la alianza el pueblo y Jehová participan en un sacrificio de paz (Ex 24:5). En ese acto se da lectura al documento de la alianza (24:7) y se rocía al pueblo con la sangre del pacto (24:8). Es importante notar que la mitad de la sangre del sacrificio de alianza se rocía sobre el altar, que simboliza la parte divina (24:6); la otra mitad se rocía sobre el pueblo (24:8). Ambos, Jehová y pueblo, quedan "cubiertos" por las obligaciones y privilegios de la misma alianza.

La ceremonia termina con un banquete frente a Jehová (24:11). Varios pasajes sugieren que la ceremonia de realización de la alianza se repitió después de que el pueblo la quebrantó (Ex 34; 2 R 23) o en el umbral de un nuevo momento histórico (Jos 24).

De acuerdo con Dt 4:13, el documento básico y primordial de la alianza es el Decálogo. El resto de las leyes y ordenanzas que se encuentran en el Pentateuco, quedan contenidas en estos diez mandamientos. De acuerdo con el Deuteronomio, mientras que Moisés es el sujeto hablante de los "estatutos, preceptos y normas" en general (4:45; cf. 1:1; 4:44; 5:1; 12:1), Jehová aparece como quien promulga directamente los Diez Mandamientos (5:4 5; cf. 5:22 27).

El Decálogo contiene ordenanzas que tienen que ver con Dios (1-4) y con el ser humano (5-10). En la versión deuteronómica (Dt 5:6-21), concentra esos elementos en el mandamiento sabático, donde se afirma la gloria de Dios y se demanda la preocupación por el esclavo y las bestias. La importancia que tiene este mandamiento en su contenido también se resalta en la estructura del Decálogo. Además, la centralidad del mandamiento sobre el sábado se muestra en la presencia de dos datos que también se encuentran al principio del Decálogo: la declaración sobre el éxodo (vv. 6 y 15) y la mención del buey y el asno (vv. 14 y 21). Esta doble preocupación —Dios y prójimo— llegó a ser el centro de la fe bíblica. En tiempos de Jesús, todo judío sabía que los dos mandamientos centrales eran el amor a Dios y el amor al prójimo (Lc 10:25-27; cf. Mr 12:29-31).

Este es el corazón de la alianza. De principio a fin, incluyendo el NT, la preocupación por la gloria y fidelidad absoluta de Dios, así como la preocupación por el bien del prójimo, especialmente del pobre y el débil, es lo que resume el contenido de la alianza y le da su valor perenne.

En el AT, gobernantes y pueblo, individuos y comunidades, fueron premiados o condenados por su actitud y hechos frente a estos dos principios o demandas. Los libros de Amós y Oseas, en la época pre-exílica, anuncian el juicio y castigo del pueblo por haber fracasado en esas dos demandas (Am 5:21-24; Os 1:1-9). Jeremías, en el contexto del exilio, condena al pueblo por haber puesto su confianza en otros, no en Jehová, y por haber oprimido y maltratado al menesteroso (2:13; 5:1-31; 7:1-15).

En el NT Juan une estos dos principios de manera grandiosa: "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano" (Jn 4:19-21).

5. La nueva Alianza. Los profetas insisten en afirmar un hecho dramático: Israel ha quebrantado los términos de la alianza con sus pecados (Jr 11:1-17; Ez 16), por lo cual es entregado a la destrucción tan pronto como Dios le retira la protección prometida (cf. Ez 10-11; Jr 7:1-15). El pueblo de Dios y sus gobernantes tenían que aprender que para hacerse receptores inmediatos de las promesas de Dios, debían mantenerse fieles a las estipulaciones de la alianza del Sinaí. La infidelidad a aquel pacto y sus demandas acarreaba pérdidas (cf. Dt 28; Am 6:1-14; 2 R 17:1-23; 25:1-30; Os 9:1-17).

Cada generación tuvo que aprender que la alianza tenía una doble realidad: 1) Dios la sostenía de forma perenne de acuerdo a sus promesas; 2) pero cada generación adquiría la responsabilidad de mantenerse en su esfera para poder experimentar la gracia divina prometida con ella en un "aquí y ahora" bien concretos. La proclamación de una "nueva alianza" con el resto de Israel (Jr 31:31-34; 32:37-41; Ez 16:60-63; 34:25-31; 37:15-28) y su interpretación subsecuente en la profecía exílica, post-exílica y en el NT, va en esa línea. *Véase CENA DEL SEÑOR, DECÁLOGO, LEY, MESÍAS, PACTO.*

Aljaba Heb. 8522 *teli* = «aljaba, carcaj» (Gn. 27:3); o 827 *ashpah* = «aljaba» (Job 39:23; Sal. 127:5: Is. 22:6; 49:2; Jer. 5:16; Lam. 3:13).

Estuche para flechas o saetas (Gn. 27:3; Lm. 3:13). Los arqueros la portaban en la espalda atada al cuerpo con una correa. Los que iban en carros podían ponerla a los lados. Se usa simbólicamente como lugar seguro, fuerte, protegido (Is. 49:2). En otros pasajes tiene sentido poético en referencia a los hijos, que como saetas llenan la propia aljaba (Sal. 127:5). *Véase ARCO, FLECHA.*

© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE

Amor En el heb. del AT el término común es 160 *áhabah*, relacionado con el vb. 147 *áhab* o *áheb*, que la Sept. traduce por *agape*, *agapán*, *agapetós*. La raíz verbal hebrea 7356 *rajam*, también indica el amor compasivo y misericordioso, sobre todo del Señor para con sus criaturas. Finalmente, el sustantivo hebreo *hesed*, significa el amor benévolo, especialmente entre personas ligadas por un pacto sagrado.

La lengua griega es más rica en vocablos para expresar el amor. Tiene por lo menos cuatro, a saber:

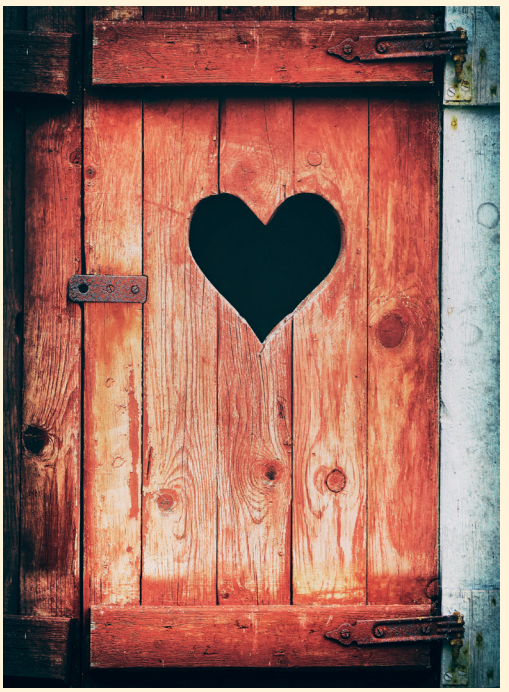
1. Gr. 26 *agap* = «amor» y su vb. 25 *agapao* = «amar». Con él se designa el amor de origen divino, amor espontáneo y no egoísta. Juan lo pone en el centro de su enseñanza: usa el vb. *agapao* 35 veces en el Evangelio y 28 en su primera carta, y el substantivo *agape* 7 veces en el Evangelio y 18 en su primera carta.

2. Gr. 5373 *philía*, y el vb. *phileo*, son las palabras más comunes para «amor» y «amar». Se usan para las relaciones amistosas y conyugales de afecto y cariño. Incluyen amistad, aprecio e intimidad. En el NT se utilizan también para expresar el amor entre padres e hijos (Mt. 10:37); el amor de Jesús a Lázaro y al discípulo amado (Jn. 11:3,36; 20:2); *philos*, es el pariente o amigo.

3. Gr. *eros*, no aparece ni una sola vez en el NT, quizá por sus connotaciones erótico-sexuales, aunque también puede utilizarse para expresar la pasión y la intensidad de un sentimiento. En la LXX raramente encontramos el vocablo *eros* y sus derivados. Tiene algo de demoníaco. Para Platón es la fuerza central que mueve el alma de los hombres a buscar lo bueno, lo hermoso y lo verdadero, pero él mismo admite que es como una locura o «manía», o una «pasión ciega», según Hesíodo. Para A. Nygren, *eros* es amor-deseo, amor egocéntrico, nostalgia de conquista, un anhelo vehemente por lograr y disfrutar lo que nos falta.

4. Gr. *storgé*, tiene que ver especialmente con los afectos familiares. Expresa la clase de amor que siente un pueblo por su gobernante o una nación o familia por su dios tutelar, pero su uso regular describe fundamentalmente el amor de padres a hijos y viceversa. Aparece una sola vez en Ro. 12:10, en el compuesto *philóstorgos*, traducido por «amor fraternal».

En el heb. del AT el término común es *áhabah*, relacionado con el vb. *áhab*, o *áheb*, que la Sept. traduce por *agápê* y sus derivados. Mediante los términos *raham* y *hesed*, el pensamiento bíblico expresa el amor benévolo y misericordioso. Se puede decir que el «amor» es la clave de la visión bíblica de Dios y su acción en el mundo que tiene su fundamento en la creación y en la redención, que son la máxima expresión del amor divino. En ambas Dios se da a la humanidad sin más razón que la de amar totalmente, sin posibilidad de recibir un intercambio equivalente a su amor. El pensamiento cristiano lo resume en una breve y significativa expresión: «Dios es amor» (1 Jn. 4:8). La historia de la revelación de Dios puede leerse a la luz de un amor que se expresa y se revela progresivamente hasta el don pleno y total de Dios mismo en Cristo. Jehová ama su pueblo (Jer. 31:3; Os. 3:1; Sof. 3:17) con tal intensidad que se puede hablar analógicamente del celo divino. Nada tan conmovedor



para el judío piadoso como la imagen de un Dios celoso del amor de sus criaturas, tan profundamente interesado por llenar su corazón como pueda estarlo un marido enamorado de su esposa.

Las vicisitudes que llevan a Israel a constituirse como pueblo manifiestan el *inmerecido* amor divino que escoge y elige, que defiende y libera, que protege y mantiene sus promesas (Dt. 4:34-38; 7:7; 10:15). A pesar de las repetidas infidelidades del pueblo, Dios corresponde siempre a través del perdón y de la protección que definen la praxis de su amor. Los profetas hablan en varias ocasiones del amor de Dios a Israel a partir de la misma experiencia del amor conyugal. Oseas lo hace desde el límite

© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE

del amor, que es la infidelidad. Ezequiel utiliza la categoría de la fidelidad de Jehová a su promesa y su intención de renovar su alianza con el pueblo.

El acontecimiento de la encarnación de Dios en Cristo pone de relieve el compromiso mismo de Dios en primera persona. Aquí no hay ya mediaciones, sino que Dios se revela directamente a sí mismo en la persona del Hijo (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:9). Dios se da a conocer en Jesús (Jn. 1:18); manifiesta su amor en la salvación del pecador (Ro. 8:39; 1 Jn. 3:1). Jesús es el Hijo (Mc. 1:11; 9:7; 12:6), a quien el Padre ama (Jn. 3:35; 10:17; 15:9). Sorprendentemente, el amor de Dios en Cristo se revela de un modo intenso y paradójico en el sufrimiento de la cruz. Es el acto supremo del amor divino (Jn. 15:13). El escándalo de la cruz no es sino el escándalo del amor. En ella se manifiesta en su plenitud el amor del Dios que elige y se desposa con la humanidad pecadora (Ef. 5:25ss.; Gál. 2:20).

Tocante al ser humano, el amor a Dios es desde el principio el mandamiento fundamental, pues al ser Dios el ser supremo, a Él le corresponde en propiedad ser el primer objeto del amor religioso del hombre, y en especial de los que saben objeto de su gracia y misericordia (Dt 6:4ss.; 11:1; 30:16; Jos. 22:5; 23:11; cf. Mt 22:38; Mc. 12:28). En el mensaje de Jesús el amor es el signo expresivo que tiene que caracterizar la vida de los cristianos (Jn. 13:35). Sin amor, el cristiano no es nada (cf. 1 Co. 13:1-13). La legislación mosaica contemplaba el precepto divino de amar al «prójimo» como a uno mismo (Lv. 19:18). Aquí, el «prójimo» es el israelita, muy distinto del gentil y del forastero. Mediante la parábola del buen samaritano Jesús enseña que el concepto de prójimo debe abrirse al extranjero, y abarcar incluso al enemigo (Lc. 10:29-36). Jesús revolucionó el mandamiento de la ley mosaica que ordenaba el amor al prójimo y permitía el odio al enemigo (Mt. 5:43-46; Lc. 6:27-35; cf. Ro. 12:20-21). En el precepto del amor universal se ve el cumplimiento pleno de la ley (Gál. 5:14; Ro. 13:8ss.). *Véase AMIGO, AMISTAD, BONDAD, ENEMIGO, ENEMISTAD, EXTRANJERO, PRÓJIMO.*

Amorreo

Heb. 567 *emorí* = «montañés».

Designación bíblica de los descendientes de los hijos de Canaán (Gn. 10:16), llamados por ello cananeos (Jos. 24:15; Jue. 6:10; Ez. 16:3; etc.), englobando a toda la población preisraelita siro-palestina (Gn. 15:16; Am. 2:9; 2 Sam. 21:2).

Los amorreos eran nómadas procedentes del noroeste de Mesopotamia, de la región de *Martu*, «país del amorreo», que se llamaban a sí mismo *amurru* o amoritas, en honor de su dios del mismo nombre. Hacia el año 2200 a.C. invadieron Mesopotamia. En los textos neosumerios se les acusa de ser un pueblo incivilizado que no conoce el cultivo de grano, ni tiene casas, ni entierra a sus muertos. Se sabe muy poco de este pueblo, cuyo idioma es aún objeto de controversia entre los eruditos, aunque se acepta que su lengua era muy similar al acadio, lo que facilitó su asimilación. Sumu-abum fundó la primera dinastía amorrea de Babilonia, después del cual sus otros cuatro sucesores convirtieron Babilonia en el reino amorreo más importante. De esta ciudad recibieron su propio nombre gentilicio y el vocablo amorreo fue sustituido por el de babilonio. Alcanzaron su máximo poderío bajo el reinado de Hammurabi (1792-1750 a.C.). En 1850 a.C. tomaron la ciudad de Assur, que por aquel entonces era una próspera ciudad comercial, así como la ciudad de Eshnunna. Hacia el 1900 a.C. los amorreos se afirmaron en Siria y Palestina. Jerusalén es de origen amorreo como lo confirma su antiguo nombre de *Urusalim* y el de sus reyes. Desde el siglo XVI los amorreos tuvieron que retroceder ante el ataque inesperado de los hititas.

Grupos de amorreos habitaban en Hazezontamar, o En-gadí, al oeste del mar Muerto, y fueron atacados por Quedorlaomer en los días de Abraham (Gn. 14:7). Al ser la etnia dominante, algunas veces son tomados como representantes de los cananeos en general (Gn. 15:16; 1 R. 21:26). Cuando Abraham estuvo en Hebrón, algunos se confederaron con él (Gn. 14:13). Para el tiempo de la invasión hebrea de Canaán, los amorreos habían extendido sus dominios hacia el este, haciéndose fuertes en las montañas, mientras que los cananeos se situaban a lo largo de la costa y en las llanuras (Nm. 3:30; Dt. 1:7; Jos. 5:1). Los territorios amorreos fueron distribuidos entre las tribus de Rubén, Gad y Manasés. En época de Samuel, un nutrido grupo vivía en paz con los israelitas (1 Sam. 7:14). Salomón los hizo tributarios juntamente con los supervivientes de otros pueblos (1 R. 9:20, 21; 2 Cro. 8:7, 8). Los gabaonitas eran un resto de los amorreos (2 Sam. 21:1-2). Después de esto, nada más se oye de ellos; solo queda el recuerdo de su idolatría (Esd. 9:1; Neh. 9:8). El profeta Ezequiel llama «amorreo» a Abraham (Ez. 16:3), donde en otro lugar se lee «arameo» (Dt. 26:5), toda vez que amorreo era una designación genérica de los semitas occidentales que incluía a los arameos.

Bato Heb. y aram. *bath*. Medida para líquidos, como vino y aceite, equivalente a unos 37 litros. Es mencionada en 1 R. 7:26, 38; 2 Cro. 2:10; 4:5; Is. 5:10; Ez. 45:10,14 y Esd. 7:22, equivalente a una efa seca, siendo cada cual la décima parte del homer (Ez. 45:10-11).

Bautismo Gr. 908 *báptisma*, transliteración del sustantivo 909 *baptismós* (Mc. 7:8; Heb. 6:2; 9:10), derivado del verbo *baptizein*, de *baptein* = «sumergir, lavar». Sacramento de iniciación en el Nuevo Pacto, cuyo origen remoto se encuentra en los diversos lavamientos rituales ordenados en el AT (Lv. 6:27, 28; 8:6; 11; 13; 14; 15; 16; 17; 22:6; Nm. 8:7, 21; 19, etc.). El apóstol Pedro ve en el agua del diluvio un signo o tipo que prefiguraba el bautismo cristiano (1 P. 3:20-21). El agua, que una vez fue medio de condenación, ahora en Cristo es medio de salvación. Refiriéndose a los israelitas, Pablo dice: «Todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar» (1 Co. 10:2). Entonces el pueblo de Dios fue salvado de la esclavitud de Egipto, ahora es salvado de la condenación del pecado. En Colosenses el bautismo cristiano está en relación análoga con el rito judío de la circuncisión, por el que se pasa a formar parte del pueblo de Dios (Col. 2:11).

En tiempos de Jesús los judíos ya practicaban un bautismo administrado a los conversos procedentes del paganismo consistente en un baño de inmersión que limpiaba ritualmente a los prosélitos de cualquier impureza cultual inherente a su paganismo. Se les exigía una catequesis preparatoria, siendo interrogados sobre los motivos de su conversión. En las sectas judías, por ejemplo, entre los esenios de Qumram, los nuevos miembros eran sometidos a una larga prueba. Un primer examen decidía, a título de postulante, la admisión del candidato. Durante un año, el aspirante debía ejercitarse en la vida esenia, pero no podía participar plenamente de la comunidad. Al final del segundo año ingresaba en las aguas santas de purificación y participaba del banquete sagrado. El bautizado se comprometía a observar la Ley de Moisés, empezaba una vida nueva para dar frutos de conversión. El bautismo practicado por Juan es totalmente distinto del de las abluciones judías y del bautismo de prosélitos. Tenía lugar en el Jordán, al que acudían las multitudes de candidatos (Mc. 1:4, 5). Se trataba de un bautismo «escatológico», con él proclamaba que estaban a punto de llegar los últimos tiempos y el juicio venidero (Mc. 1:4; Lc. 3:3; Hch. 13:24; 19:4). Exigía confesión de pecados (Mt. 3:6) y frutos dignos de verdadero cambio (Mt. 3:8; Lc. 3:8). Jesús recibió el bautismo de manos de Juan, en su caso no para confesión de pecados, sino para asociarse en gracia con el «remante» arrepentido, para cumplir toda justicia (Mt. 3:15). Fue también la ocasión de su ungimiento por el Espíritu Santo para su ministerio público. Después de la resurrección, Jesús comisiona a sus discípulos a predicar el Evangelio en todo el mundo y bautizar a los creyentes (Mc. 16:16). El bautismo cristiano implica la confesión de Cristo como Salvador y el arrepentimiento (Hch. 2:38, 40; 8:16). El bautismo es en agua, precedido generalmente de la imposición de manos de los apóstoles para otorgar el Espíritu Santo (Hch. 2:38; 8:12, 36; 9:18; 16:15, 33, etc.), excepto en el caso de Cornelio, que primero recibe el Espíritu Santo y después «el agua» (Hch. 10:47). Solo Mateo menciona que el bautismo ha de administrarse «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28:19). Lucas habla de ser bautizado «en el nombre de Jesús» (Hch. 2:38), expresión que ha dado lugar a diversas controversias. No se trata de una fórmula que contradiga la trinitaria, como si en la Iglesia primitiva hubiese habido un bautismo en el nombre de la Trinidad y otro en nombre de Jesús solamente. «En el nombre de Jesucristo» equivale a «invocando su nombre», o sea, atestiguando la fe en él, que es capaz de remitir

Ceremonia de bautismo.

los pecados. La fórmula remite claramente a la cita de Joel 3:5, que hace el mismo Pedro en el sermón de Pentecostés: «Sucederá que todo el que invocare el nombre del Señor se salvará» (Hch. 2:21). En ambos casos, el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, y en el Cristo, indican un movimiento «hacia», una inserción en la vida divina, no solo la de Cristo mismo, sino también la de las tres per-

© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE

sonas de la Trinidad. Por su parte, Pablo enseña que el bautismo significa una inmersión en la muerte de Cristo, «para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva» (Ro. 6:4). Por otra parte, el Espíritu convierte el bautismo-inmersión en la muerte de Cristo, en signo de pertenencia a su cuerpo, como comunidad nueva, espiritual y radicalmente diferente al concepto nacionalista del viejo Israel: «Por un solo Espíritu fuimos bautizados todos en un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu» (1 Co. 12:13).

En el NT todos los bautismos registrados se refieren a personas adultas que confiesan el nombre de Cristo. No se menciona para nada el bautismo de niños como tal; en las conversiones de Lidia, del carcelero de Filipos, y de Estéfanas (Hch. 16:15, 33; 1 Co. 1:16), se afirma que con ellos se bautizó «toda su casa», lo cual incluye en el término griego a todos aquellos que estaban sometidos a la autoridad del cabeza de familia, menores y esclavos, incluyendo posiblemente a niños lactantes. *Véase AGUA, BAPTISTERIO, ESPÍRITU SANTO, JUAN BAUTISTA, PALOMA, REGENERACIÓN.*

Bautismo del Espítitu Santo Se habla de bautismo del Espíritu Santo en sentido figurado, entendiendo «bautismo» como el elemento en el que el creyente es introducido, por el cual vive y es transformado. Representa la culminación de las profecías del AT: Is. 32:15; Zc. 12:10; Joel 2:28. El bautismo del Espíritu Santo tuvo lugar en Pentecostés. Jesús anunció a sus discípulos: «Vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hch. 1:5). Por este Espíritu los hombres son salvos y nacen de nuevo «del agua y del Espíritu» (Jn. 3:5), recibiendo «el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo» (Tit. 3:5). Bautizados por el Espíritu Santo, los creyentes participan de un mismo Espíritu y forman un solo cuerpo (1 Cor. 12:13).

Bautismo por los Muertos Gr. *baptizómenoi hyper ton nekrôn,* lit. «[los que] se bautizan en lugar de los muertos». Expresión que aparece solo en 1 Cor. 15:29 y que ha dado lugar a muchas especulaciones. Una cosa es cierta: Pablo se refiere a una práctica realmente existente en algunos grupos. Otra cosa es también cierta: Pablo no aprueba ni condena dicha práctica, sino que se limita a expresar la relación que tiene con la creencia en la resurrección de los muertos, que es el tema de casi todo el cap. 15 de la epístola. La interpretación más sencilla, a juzgar por el contexto, es que se refiere a un bautismo vicario por los cristianos que habían fallecido sin haber sido bautizados. Otros creen que se trata de aquellos cristianos que tomaban el lugar de sus hermanos caídos en la profesión de fe hecha pública por el bautismo. En el primer caso, Pablo no expresa su opinión acerca de si este tipo de bautismo es correcto o incorrecto, sino que da a entender que si la resurrección no es una realidad, entonces la preocupación por los muertos no tiene ningún sentido.

«Bautizarse en lugar de los muertos», o bautismo vicario, fue una práctica común entre los seguidores de Cerinto y Marción (Crisóstom, *Hom.* 40 in 1 Cor.; Tertuliano, *Contra Marción*, 5,10). En estos grupos heréticos si un catecúmeno moría antes del bautismo, alguien era bautizado en su nombre, para que él pudiera a la eternidad sin el rito que simboliza la iniciación cristiana. Si no existía la resurrección, ¿para qué necesitaban ese rito que no libraba de los pecados? (cf. vv. 16-18). El hecho, pues, de que se bautizaran por los muertos, demostraba que esos creyentes creían firmemente que no todo se acaba en esta vida (v. 19), sino que los muertos resucitan perdonados y justificados (cf. Ro. 4:25; 6:3-11) por la unión con Cristo mediante el bautismo.

Bautista *Véase JUAN BAUTISTA.*

Baptisterio Del latín eclesiástico *baptisterium*, transliterado del griego *baptisterion*. El nombre deriva probablemente de la gran pila —*baptisterium*— que servía para el baño privado en la época romana y que posiblemente fue usada en los orígenes del cristianismo para celebrar el bautismo. En el NT no hay ninguna referencia a semejante espacio, toda vez que Juan y Jesús bautizaron en el Jordán. Los apóstoles lo hicieron en diversos lugares, según la circunstancias (Hch. 8:36, 37; 16:13-16). En el bautismo masivo del día de Pentecostés (Hch. 2:41), no se menciona el lugar donde fue administrado. Parece ser que en ocasiones tuvo lugar en la casa de los mismos conversos. Es probable que durante años las comunidades cristianas no tuviesen un espacio dedicado exclusivamente al bautismo. Los primeros edificios construidos para este fin, los «bautisterios» propiamente dichos, aparecen desde el siglo IV en adelante, próximos y en comunicación con las grandes basílicas. Eran edificios especiales consistentes en un porche con una habitación interior donde se realizaba la ceremonia. El motivo de la separación del edificio ha de buscarse en el hecho de que los neófitos eran admitidos en la iglesia solo después del

se sometieron a la vida urbana, sino que continuaron su organización tribal. Esto les hizo foco de resistencia a la dominación asiria, que descendía de la alta Mesopotamia. Al declinar el Imperio asirio y con la muerte de Asurbanipal, los caldeos llenaron el vacío político producido en la región de Babilonia. El jefe caldeo Nabopolasar reclamó el reino de Babilonia y logró echar a los asirios de la ciudad en el 625 a.C., dando origen así al vasto Imperio neobabilónico o caldeo, que se extendía hasta las fronteras de Egipto, cuyo ejército fue prácticamente destruido por Nabucodonosor en Carquemis. Es entonces cuando se construyen los jardines colgantes de Babilonia (para que la esposa del rey babilonio, hija de Ciaxares no echara de menos las montañas boscosas de su tierra natal) y las enormes murallas de Babilonia (aunque ya disponía de murallas desde hacia por lo menos 1500 años). A este período pertenecen Nabucodonosor o Nabónido. Posteriormente, hacia el año 530 a.C. Ciro accede al trono persa, toma el poder del Imperio medo en Ecbatana, conquista el reino lidio de Creso, extiende sus dominios por oriente hasta el Indo y finalmente toma Babilonia sin lucha, donde es aclamado por las masas como libertador, acabando así con el dominio caldeo.

El Imperio caldeo aparece como la primera de las cuatro bestias de la visión de Daniel, cuyo símbolo es el león con alas de águila (Dn. 7:3), que en el 587 a.C. destruyó el pequeño estado israelita de Jerusalén. La ciudad y el templo fueron saqueados y la población deportada en cautiverio a Babilonia. Nabucodonosor tenía por sistema oprimir brutalmente a los pueblos sometidos, siguiendo la estela dejada por los asirios. *Véase ASIRIA, ASTROLOGÍA, BABILONIA, MEDO, MESOPOTAMIA, NABUCODONOSOR, UR.*

Caleb Heb. 3612 *Kaleb* = «temerario, impetuoso». Hijo de Jefone, también llamado por su nombre gentilicio «el quenezeo» (Nm. 32:12; Jos. 14:6,14), de lo que algunos han deducido que se trataba de un extranjero -edomita- adoptado por la tribu de Judá, puesto que ni Quenez ni Jefone aparecen en las listas genealógicas de Judá (cf. 1 Cro. 2), mientras que un Quenaz es mencionado entre los descendientes de Esaú (Gn. 36:11,15, 42), así como la tribu correspondiente a este personaje: «la tierra de quenezeos» (Gn. 15:19).

Caleb es mencionado en primer lugar en la lista de los «príncipes» o «cabezas» de las tribus como uno que fue enviado a reconocer la tierra de Canaán en el segundo año del éxodo. Confiado con el poder de Dios, dio un informe alentador sobre la posibilidad de la conquista. El pueblo, no queriendo creer que el Dios que les había recientemente liberado de la esclavitud de Egipto fuese también capaz de conquistar y ocupar la tierra prometida, promovió una rebelión, amenazando con apedrear a Caleb y a Josué.

A sus 85 años reclamó la posesión del territorio que Dios le había asignado (cf. Jos. 14:12-14), arrebatándolo de las manos de los gigantes anaceos (Jos. 15:13-14). Así, recibió Quiriat-arba, o Hebrón, ocupado por Caleb y sus descendientes, llamados calebitas (1 Sam. 25:3). Una región del mismo fue llamado «Néguev de Caleb» (1 Sam. 30:14), es probable que se trate de la llanura entre Hebrón y el sur del Carmelo, ya que dio esta tierra a su hija Acsa como dote (Jos. 15:9). En tiempo de David encontramos al calebita Nabal, esposo de Abigaíl, habitando en Maón y con posesiones en Carmel, a unos pocos km al sur de Hebrón (1Sam. 25:2-3).

Calendario Sistema de dividir el tiempo, presente, de un modo u otro, en todos los pueblos civilizados. El cómputo del tiempo para los judíos se basó primeramente en el mes lunar. El año constaba normalmente de doce meses que tenían alternativamente entre 29 y 30 días. Tal año, no obstante, tiene 354 días, lo que no concuerda de ninguna manera con el número de días del calendario solar, por lo que pronto se pasó a usar el año lunisolar, como se hacía en Babilonia. De haberse seguido el año lunar, sin atención alguna al solar, las fiestas, a lo largo de unos 40 años, hubieran recorrido del principio al fin todo el año. Para evitarlo se añadía cada dos o tres años un mes bisiesto para adecuar el cómputo de los meses lunares al año solar, como se venía haciendo en Mesopotamia; el AT no dice nada sobre esto. Algunos grupos judíos tenían otras divisiones del año: 1 año = 364 días = 52 semanas de 7 días cada una. Esta división mantenía consecuentemente la división semanal; las fiestas caían cada año en el mismo día de la semana. Pero como no se admitían días de compensación, las fiestas se movían a través del año lo mismo que en el calendario lunar, pero unas diez veces más despacio. Finalmente existió un sistema que dividía el año en 7 partes de 50 días cada una, a las que se añadían cada vez 16 días (cf. 50 días de Pascua a Pentecostés).

El calendario judío actual comienza a contar desde la creación del mundo, según el relato de Génesis, que se calcula sumando las edades de las distintas generaciones mencionadas en la Biblia, y que se estableció 3760 años antes que la era cristiana. Los años comunes

tienen 12 meses y los años embolismales tienen un mes adicional. Un año embolismal es aquel que se compone de 13 lunaciones, añadiéndose una sobre las 12 de que consta el año puramente lunar, para ajustar los años lunares con los solares. El calendario judío consta de ciclos de 19 años, de los cuales 7 son embolismales, el 3, 6, 9, 11, 14, 17 y 19. La correspondencia con el calendario cristiano es difícil, pero en la práctica cada año judío se corresponde con un año cristiano, aunque el año judío comienza un día entre el 25 de agosto y el 5 de octubre.

Los nombres más antiguos de meses conocidos por las Sagradas Escrituras, que prob. se remontan a los cananeos, son:

- Abib. Mes de las espigas, Marzo/Abril (Éx. 14:4; Lv. 10:1, 2).
- Ziv. Mes de las flores, Abril/Mayo (1 R. 6:1), llamado el segundo mes.
- Etanim. Mes de la cosecha, Septiembre/Octubre (1 R. 8:2), llamado el séptimo mes.
- Bul. Mes de las lluvias, Octubre/Noviembre (1 R. 6:38), conocido como el octavo mes.

A partir de la cautividad empezaron a usarse los nombres asirio-babilónicos de los meses:

- Nisán. Marzo/Abril (Est. 3:7; Neh. 2:1).
- Iyyar. Abril/Mayo (no se encuentra en la Biblia).
- Siván. Mayo/Junio (Est. 8:9; Baruc 1:8).
- Tammuz. Junio/Julio (Ez. 8:14).
- Ab. Julio/Agosto (no se encuentra en la Biblia).
- Elul. Agosto/Septiembre (Neh. 6:15; 1 Mac. 14:27).
- Tisrí. Septiembre/Octubre (no se encuentra en la Biblia).
- Maresván. Octubre/Noviembre (no se encuentra en la Biblia).
- Kisleu. Noviembre/Diciembre (Zac. 7:1; Neh. 1:1).
- Tébet. Diciembre/Enero (Est. 2:16).
- Sebat. Enero/Febrero (Zac. 1:7; 1 Mac. 16:14).
- Adar. Febrero/Marzo (Esd. 6:15; Est. 8:12).

De estos doce nombres presentes en el actual calendario judío solo siete se encuentran en el texto hebreo, pero todos aparecen como las divisiones principales del *Megillath Ta'anith* o *Rollo del Ayuno*, el cual en su forma original data de una época anterior a la era cristiana.

Como mes de compensación se añadía o bien un segundo *elul* o un segundo *adar*. Estos nombres no fueron suprimidos cuando más tarde se introdujeron los nombres macedonios. *Véase AÑO, AÑO JUBILAR, AÑO NUEVO, AÑO SABÁTICO, DOMINGO, FIESTA, SÁBADO, SEMANA.*

Cáliz Gr. 4221 *potêrion* = «vaso de beber»; de ahí, «copa» (Mt. 10:42; 1 Cor. 10:16). El nombre cáliz procede lit. del lat. *calix*, *calicis* = «copa», en su acepción de «cubierta externa de las flores», a su vez del lat. *calyx*; y este, del gr. *kályx*, *kálykos* = «cáliz de flor».

Se usa especialmente de la copa que el Señor Jesús bebió en la Última Cena (Mt. 26:27,39,42). Los judíos llamaban «copa de la acción de gracias» o «de la bendición» a aquella que, una vez bendecida dando gracias a Dios, se pasaba en la última ronda entre los comensales para concluir las comidas o banquetes de la fiesta de la Pascua. Este fue precisamente el cáliz que bendijo Jesús en la Última Cena dando gracias al Padre y que pasó después a sus discípulos para que bebieran de él. En esta ocasión, el cáliz es también la bebida que contiene. Preguntando Jesús a los zebedeos si estaban dispuestos a beber el cáliz que él iba a beber (Mc. 10:38-39), Jesús lo relaciona con la entrega de la vida. Más tarde, el relato de Getsemaní («aparta de mí...»), el cáliz aparece como expresión dolorosa de fidelidad hasta la muerte (cf. Mt 20:22,23; 26:39; Mc. 10:38,39; 14:36; Lc. 22:42; Jn. 18:11).

El cáliz implica una experiencia de solidaridad y entrega de la vida, destacando también el aspecto de amistad y alegría que está al fondo de él, como supone Sal. 116:5: «El Señor es mi copa». Jesús interpreta su vida como

© Diccionario Enciclopédico Bíblico Ilustrado CLIE